

MARIANO LATORRE

Autobiografía de una vocación

*Las cosas hacen la patria tanto
o más que los hombres.*

M. DE UNAMUNO.

CREO que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituido mi vocación) deben afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder.

Si hay un mensaje que expresar, por mínimo que sea, es preciso realizarlo lo mejor posible.

Siempre he recordado, a lo largo de mi vida y frente a cada instante decisivo, unas palabras de Dickens (Dickens fué una predilección de mi juventud) a un periodista que lo interrogaba sobre su labor:

—Mi secreto no es pensar en el porvenir, sino tratar de resolver lo mejor posible lo que tengo entre manos.

Y esto es lo que intento expresar en esta autobiografía de mi doble vocación.

Deseo explicar por qué fui escritor y por qué, más adelante, del escritor surgió el maestro. Pienso que ambas realizaciones (me asusta un poco lo presuntuoso de la palabra) están unidas en mí y son la una producto de la otra. Dos expresiones del mismo semblante, como diría Conrad.

Me siento, pues, en un clima de intimidad y puedo contar familiarmente mi peripécia espiritual. Medio siglo de tanteos e indecisiones, de aciertos y desaciertos, tan peculiarmente característicos de un intelectual sudamericano en la aurora de este siglo.

Es preciso evocar al Chile de esos años, un Chile que vivió una vida apasionada y hasta cierto punto irreflexiva, embriaguez de un holgado instante económico y la lógica despreocupación del porvenir.

Si intentásemos una definición simplista de la sociedad chilena de ese tiempo, podríamos decir que existían dos Chiles, casi antitéticos.

El Chile primitivo, laborioso, de las provincias y el Chile europeizado y manirotado de Santiago; sin embargo, la ambición del provinciano que se enriquecía era residir en Santiago y la de todo santi guino arruinado, ir a reponer su fortuna al norte o al sur, a las salitreras o a los campos recién rozados de la Frontera.

Sin impuestos de ninguna especie, el salitre proveía a todo, Chile vivía entregado a una vida fastuosa y alegre.

Las fiestas de los aristócratas o las de los nuevos ricos, sus escándalos sociales, sus negociados y sus crímenes, que tan bien ha descrito Orrego Luco, su cronista literario, eran mirados sin hosquedad por las clases medias y bajas y hasta con cierta benevolencia consentidora.

Así, también, Blest Gana, fijó al siútico de su tiempo, abierta la tarasca de asombro ante un sarao, donde una dama de reluciente peineton, intentaba tocar un clave desafinado.

No es el momento de explicar por qué este país edénico se hizo sórdido y desconfiado, ni por qué la talla oportuna se convirtió en pulla envenenada.

Una vida relativamente cómoda me impidió, quizá, darme exacta cuenta de la evolución del medio y de los cambios más sutiles del espíritu colectivo.

Esto quiere decir que el fenómeno de transición apenas me rozó; sin embargo, puede haberlo penetrado agudamente, porque uno de los políticos más renombrados de ese tiempo, don Enrique Mac Iver, era de mi tierra, del Maule. Me tocó conocerlo de cerca. Lo oí muchas veces en la plaza del puerto los domingos o en el muelle, junto al río en las tardes, opinar con tono doctoral, lejano sobre política americana

y europea. Palabrería generalizadora y algo jeremiaca, agradable de escuchar, sin embargo.

Era un orador nato y lo que le oí, siempre me produjo la impresión de un discurso. Por consiguiente, de algo más externo que profundo, más espectacular que verdadero.

Con perfecto dominio de la sintaxis castellana, brotaba de su boca, de sus labios abultados y temblorosos, un torrente de palabras, entibiados por una poderosa voz de barítono.

Bajo, endeble, vestido pulcramente, sus ojos grises miraban sin mirar. Los velaba el brillo de los espejuelos. No tenían mirada en realidad. Lo interesante era su boca, ancha y redonda como la bocina de un fonógrafo. Alessandri le tomó este aspecto de su oratoria, especialmente los efectos de la voz. Pero don Enrique tenía el don del idioma.

Yo le oí una vez a don Enrique Oyarzún esta frase ingeniosa, después de un discurso de Alessandri:

—Alessandri me da la impresión de un Mac Iver sin sintaxis.

Conocí a don Enrique, cuando era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años. Lo vi siempre solo, atravesar la calle del muelle en dirección al río, donde él solía sentarse largas horas.

Radical de Chile, liberal de Inglaterra, era una actitud acomodaticia, teatral hasta cierto punto, pero sin acentuar la nota, que se manifestaba en ciertas *poses* que en los porteños maulinos, a pesar del roce con los veraneantes de Talca y de Santiago, producían gran efecto: acompañar a su señora hasta la puerta de la iglesia y esperarla sentado en un banco de la plaza o no destruir, porque había pertenecido a su madre, una vieja armazón de madera que sirvió de water-closet cuando no existían los water-closets.

Recuerdo a don Enrique en este instante, no tanto por lo que valía en sí, sino porque en el puerto significaba la oposición a Balmaceda y mi padre, que había pertenecido a la guardia cívica de la revolución, continuaba siendo un balmacedista.

Debo consignar un curioso sucedido que demuestra hasta qué punto se habían envenenado los ánimos de unos y de otros.

Llegó a Constitución, como a otros lugares de Chile, una partida considerable de

bacinicas de loza, en cuyo fondo se había pintado un busto del presidente vencido. El alboroto que se armó fué grande. Y mi padre, comerciante al fin, resolvió el problema de la oferta y la demanda y de su adhesión al Presidente, borrando con pintura el retrato de Balmaceda.

El puerto, en esos años, tenía una sorprendente actividad. Recordaba una factoría colonial, por los veleros, atracados en el muelle de la Isla y por los vapores de rueda que entraban y salían de la ría, con sus fastuosos abanicos de espuma en la popa o en los costados de su casco.

Ingleses, franceses, italianos y alemanes llegaron, atraídos por el aparente florecimiento del puerto mayor. Barbudo trigo de los cerros, lentejas morenas de las tierras bajas, maderas olorosas en los haces o rodelas de leña, en las rodas y codastes, labrados a filo de hacha en el corazón de la selva y que iban a formar, en las arenas de la playa, el esqueleto de los buques y lanchones fluviales.

En un fondo gris, desvaído como un telón de cine, veo desfilar las pequeñas carretas carboneras, los calafates de los astilleros y los guanayes semi-desnudos, las manos en sus largos remos.

Formaban parte de un paisaje que el movimiento comercial, el ajeteo de barcos y de mercaderías, nos impidieron penetrar a fondo. Más tarde, al morir el puerto mayor, bloqueada la barra del río Maule por las arenas y convertida la costa en un balneario, sucedió una cosa semejante. Volvió a desaparecer, absorbido por el veraneante de Talca y de Santiago, el auténtico maulino, que vivió esta vez de su explotación y adquirió, finalmente, todos los vicios y muy pocas de sus virtudes.

Existía un colegio primario en el convento de la Inmaculada Concepción y unas escuelas, del tiempo de Balmaceda, pomposamente llamadas Escuelas Modelos. Estuve algún tiempo en ellas y no recuerdo a mis camaradas de entonces. No he olvidado a mis primos franceses, los veía a cada instante y a los gringuitos de mi edad sólo los conocí en las vacaciones, pues sus padres los enviaban al colegio Mac Kay de Valparaíso, para colocarlos en las grandes casas comerciales de ese tiempo: Duncan Fox o Rose Innes. Y los italianos no se movían de los mostradores de sus despa-

chos y los alemanes de sus panaderías y fábricas de cerveza.

De los profesores del liceo, donde también estuve un año, no hago memoria, sino de un tipo extravagante que se apellidaba Bello, barbón y triste que, sin que se inmutase su *facies* de apóstol de Cristo, nos propinaba reglazos en las palmas de las manos, moradas de frío, si llegábamos con algunos minutos de atraso.

Es un turbión de recuerdos, sin pies ni cabeza, donde se perfila la silueta de una monja de negros hábitos que me ofrece una manzana, o una misa dominical en la iglesia del puerto, oficiada por el cura Albornoz, un anciano de cabellos plateados.

En el momento de alzar, se separaban teatralmente dos hojas de madera, que volvían a juntarse con estrépito, recomponiendo una Inmaculada de Murillo, la del vestido blanco y el manto azul. Y al salir a la plaza, en el aire luminoso y sonoro, se oye el rumor de la marea, como si acompañase la misa aldeana del cura Albornoz.

Me angustia, al evocar este instante de mi vida, mi soledad espiritual, mi aislamiento de todas las horas. Ni amigos ni maestros, ni siquiera la dura voz de la cerruca que me cuidaba, alguien, en fin, que nos hablase de la tierra donde vivíamos, del río azul que todas las mañanas corría hacia el mar, del secreto de las mareas o del viento que hinchaba las velas de los bergantines y lanchones.

Me daba la impresión de habitar un mundo desconocido. Ni los nativos ni nosotros que recién llegábamos, teníamos conciencia alguna de lo que nos rodeaba. Maule no existía para ellos, sino en función de los frutos de la tierra y de la fecundidad de ríos y de mares. Mundo inédito que sólo he sentido después y ha sido, finalmente, la razón de mi vida.

En ese año, 1895, se produjo la crisis de la lenteja, la más valiosa de las exportaciones del Maule.

Los ingleses pagaban altos precios, porque se extraía de su fécula una substancia aceitosa, a la cual se le encontró un sustituto más barato. Y una tras otra, cerraron sus puertas de roble las viejas bodegas ribereñas y dejaron pudrirse sus embarcaderos, a donde atracaban las lanchas planas con sus grandes remos y sus gritones guaynes.

A mi padre, como a muchos otros, lo

arruinó esta baja repentina de la lenteja.

Una tarde, mis hermanos y yo, nos embarcamos para no volver, en un pequeño vapor de la Compañía Sud Americana.

En Valparaíso nos esperaba mi padre.

Vivimos en un cerro del puerto, callejones adoquinados, en violentos declives, que parecían lechos de arroyos. Al mirar hacia atrás, nuestra casa daba la impresión de empinarse sobre techos y balcones saledizos, para mirar la bahía.

Era Chile lo que nos rodeaba y no obstante, nada sabíamos de su entraña. Sólo de su piel, áspera, primitiva, hostil.

Al matricularme mi padre en el liceo, mi contacto con chilenos fué mayor. En un principio, no entendí a mis camaradas chilenos. Influyó, sin duda, su aspecto físico. No me atraían sus rostros aindiados y sus voces estridentes; más bien me amedrentaban. Y para ellos no era yo sino un gringo, un extranjero, igual al hijo del italiano recién llegado o al del pulcro joven inglés o norteamericano, que tenía un empleo en una casa importadora.

No recuerdo a mis amigos de Valparaíso, y si los tuve, se han fundido en la niebla de la memoria. Y a los profesores, tampoco. Sólo una figura cobra relieve en ese momento de mi vida.

Es una mujer del pueblo, morena, de tronco ancho y frente estrecha, pero de boca fuerte y reidora. He olvidado su nombre y lo deploro, pero recuerdo que cuidaba, como niñera, a un inglesito deslavado, hijo de un empleado de banco.

En las tardes de verano paseaba al niño por las avenidas del Parque Municipal y en sus instantes de reposo (había llegado a cobrarme cariño) me contaba mágicas historias del cerro "La Campana", donde, según ella, penaba un fraile, guardián de un tesoro escondido por los jesuitas y donde vivía un culebrón invisible que robaba la leche a las madres dormidas y hacía morir de hambre a las criaturas.

Fué una especie de mensaje de mi tierra que me llegaba, a través de las consejas del ama de cría y de sus palabras, tibias como la leche de sus pechos.

Se despertó en mí el deseo de conocer el puerto. Fuí un vagabundo de los cerros y de los malecones de la bahía. Me gustaban esos cerros que parecían montones de tierra a punto de deshacerse y que, en lugar de árboles, producían casas y ranchos. Y

era una música áspera, que oigo todavía a través del tiempo, el rechinar de las grúas y el rodar de las cadenas, al soltarse las anclas de los buques recién llegados.

La bahía, azotada por un temporal de norte, era imponente. Colinas de olas, color de greda húmeda, del mismo matiz de los cerros, me parecían los cerros que se hubieran rebelado para terminar con malecones y muelles. No era extraño, un barco varado en las rocas de la costa.

En mis excursiones, solía detenerme, frente a los dos diques flotantes, el "Valparaíso" y el "Santiago", fondeados muy cerca de la Aduana.

Tenía a los enormes diques casi como parientes, porque mi bisabuelo, don Juan Duprat, los remolcó desde Burdeos, en una azarosa travesía oceánica.

Mi familia volvió a desunirse en Valparaíso. Mi madre regresó al Maule con mis hermanos. Yo me quedé con mi padre en Santiago.

Viví en una pequeña colonia vasca de la capital, en la calle San Pablo, frente al Mercado Central.

No era mi encantada casita del puerto, mirador donde se veía a los barcos y la línea gris del horizonte; ahora habitaba en el interior de una agencia de empeños que, como un barco pirata, se llamaba "La Estrella Negra". A dos cuadras, otra agencia de otros vascos, "La Estrella Blanca", y al llegar a Bandera, una más, "La Estrella Roja".

Era, como se ve, una escuadrilla corsaria, fondeada a la margen del Mapocho, junto al mercado y a su fresco corazón de verdura.

Estos vascos de la calle San Pablo, se reunían a menudo en casa de mi tío Emilio Labarga, capitán retirado de la marina mercante bilbaína, un vasco alto y rubio, de cerrada barba rojiza que cada mañana daba los "Buenos días" a una miniatura de velero, colgada de un listón del tragaluz, en la puerta del comedor de la casa.

La mesa, en los mediodías dominicales, era ruidosa y pintoresca como el comedor de un barco que navega en mar tranquilo.

Recordaban los vascos sus correrías por todos los mares o el encanto de sus caseríos en el verano. Y los cerros de arroz, dorados por el azafrán o las jugosas tajadas de bacalao noruego, se convertían en palabras al desaparecer por sus bocas.

Mi tía Rufina Elorduy era una vasca temerosa y desconfiada.

Sin rebelarse, se daba cuenta de que una agencia no era un milagro, sino un castigo de Dios, y al substraer algunos cóndores de la Caja, para repartirlos en limosnas o mandas, suponía que los reintegraba a las pobres gentes que habían empeñado sus rebozos o sus chaquetas en momentos de apuro.

Ella, con un viejo manto de espumilla a medio colocar sobre los hombros; yo, con una bolsita de género gris, donde tintineaban los cóndores de oro, recorriamos capillas e iglesias de Santiago, dejándolos en alcancías o en manos oportunas de mendigos.

Conocí, con ella, casi todas las capillas e iglesias de Santiago. En alguna, fui cófrade de una procesión, con un cirio en la mano, refunfuñando un refrán que no recuerdo.

Según mi tía, éste mi sacrificio (dos horas de olor a cera y pábilos quemados) me aliviaba de pecados posibles y servía para que un pariente, que había incendiado su tienda, saliese de la cárcel.

Una mañana de invierno, en una minúscula capilla del barrio Recoleta, oí, junto a mi tía, a un cura gordiflón contar patéticos casos de personas enterradas vivas. Esos cuentos cavaron hondo en su ánimo. Desde entonces, cada vez que moría alguien en la colonia española, corría con su manto viejo y su palabra iluminada, a impedir, o por lo menos a poner obstáculo, a la soldadura del féretro.

De Chile, hasta ese momento, no conocía sino a los transeúntes, a las sirvientes domésticas que, con su canasto al brazo, charloteaban con los pacos de punto, a los cocheros de victorias y berlinas o a las vendedoras de mote en los veranos o en las noches de invierno a los pequeneros, con su farol lagrimoso, en una oscura bocacalle de barrio.

Una tarde, en una acera de la calle San Pablo, en las plataformas de los tranvías, unos muchachos descalzos gritaban a voz en cuello:

—¡La Ley! ¡La Ley! ¡Excomulgada por el Arzobispo Casanova!

A pesar de que el diario valía una ficha, una moneda de cobre, no lo compré, pero algo me dijeron esos gritos de la vida política de Chile.

Mi vida, entregada a sí misma, sin guía de ninguna especie, recogía imágenes, hechos callejeros, gritos inexplicables, escenas de arrabal, sin que yo me diese cuenta de lo que significaban, porque mi verdadera vida se escondía en la obscuridad de la agencia de mi tío.

Era un espectáculo habitual ver borrachos que dejaban sus chaquetas en el mostrador y mujeres sus rebocos o sus blusas, que tasaba con voz ronca el vasco Larrondo, mientras el riojano Monteavero, de cara aguzada y amarilla como una lonja de bacalao, redactaba las papeletas de empeno.

Mi padre me matriculó, a comienzos del año 97, en las preparatorias del Instituto Nacional. No recuerdo ni a mis profesores ni a mis compañeros, pero surge en mi memoria la rechonda figura de un viejecito francés, M. Gausselin, que nos hacía leer trozos del libro de Lens y Díez, recién editado.

Una frase, una pobre frase que repetía el maestro con majadera complacencia: *le soleil brille par son absence*, tuvo curiosa influencia en mí. El anónimo pedagogo que la escribió, adelantóse a su tiempo al evocar ese *sol que brilla porque no brilla*.

Flaubert no puso esa *boutade* ni en los labios de Bouvard ni de Pécuchet; sin embargo, hizo nacer en mí el gusto por la imagen novedosa, rara, que busqué con ansia en mis lecturas.

A veces creo ver la figura del rector, don Juan Nepomuceno Espejo, barba rispida, voz ronca e imperiosa, con aspecto de guerrero que hubiese dejado en la oficina su yelmo y su peto, para taconear sobre las losas de los corredores del colegio, pero pienso, también, que esta imagen pudo ser posterior, cuando en 1908 fuí Inspector del Instituto. Pero antes o después, el aspecto de soldado fanfarrón de don Juan N. fué el mismo, menos ronca la voz, menos negra la barba quizá.

Al mediar ese año, mi padre consiguió un puesto público en un pueblo del sur de Chile: Parral.

Viajamos hacia el sur en el mes de junio.

Nunca he olvidado ese largo trayecto en tren ordinario, que se detenía cada media hora y luego atravesaba lagunas de agua rojiza, que se partía en abanicos ruidosos en las ruedas de los vagones.

En el interior del tren hacía frío. La lluvia rayaba los vidrios con interminables rosarios de gotitas resbalosas y sucias.

Mi espíritu estaba lleno de este paisaje que iba descubriendo. Compadecía a los caballitos, chorreantes de agua, que soportaban sin rebelarse a los jinetes de poncho o a esos bueyes que arrastraban las carretas medio hundidas en el lodo de los caminos. Los ríos se enrollaban con furia a los machones de los puentes y la marcha lenta del tren nos traspasaba de angustia. Pensábamos que, de improviso, el puente iba a fallar y tren y pasajeros se hundirían para siempre en ese turbión de aguas locas. Los árboles, deshojados, se sacudían con el viento, como si quisieran libertarse de la pegajosa humedad de la lluvia. Algo nuevo, sorprendente para mí, surgía de este convulsionado paisaje de lluvia y de hombres que la resistían y que, sin saber por qué, me hacían recordar los cuentos que me contaba en una plaza de Valparaíso, la niñera mestiza.

No era, precisamente, una emoción agradable. Tenía algo de morboso, pero, al mismo tiempo, de posibilidades de salud, de comprensión futura. Se me revelaba por sí misma, sin la intervención de nadie, la tierra en que iba a luchar y a vivir, a padecer y a morir. También era Chile, lógicamente, el mar de mi niñez, pero su esencia, su respaldo, su reserva la constituía este llano inundado y hostil en ese instante, que tendría, también, verdes primaveras y veranos de oro.

Insisto en este lento proceso de descubrimiento, porque fué entonces que me sentí un hombre de Chile y de América y no un europeo, atrincherado en un hogar vizcaíno o bordelés. Y, además, porque explica mi obra literaria y mi actuación pedagógica.

Mi vida en Parral no fué sino la penetración con un medio primitivo y vulgar, pero de intensa originalidad para mí.

Primero con asombro, luego con agrado, más tarde con cierta conmisericordia, observaba a esos hombres del pueblo, de la clase media y la de los propietarios de la tierra, a fin de cuentas la aristocracia colonial, que vestía del mismo modo, salvo la calidad de las telas y la riqueza de los adornos, y que tenían las mismas aficiones.

Tacón alto, que les daba al andar no sé qué de autómatas, de rígidos movimientos. En invierno, uniformados por el poncho de Castilla; en verano, el poncho, substituido por una manta liviana, plegada al hombro izquierdo de su chaquetilla blanca.

Parados en las esquinas o jugando en el Club, comiendo y bebiendo sin término, chascarro y carcajada, daban la impresión en que vivían en un mundo paradisíaco, donde nadie debía preocuparse sino de vivir bien y satisfacer todos sus deseos.

A veces, en largas caravanas, iban a la estación, al paso de los trenes del norte y del sur. Era su contacto con el resto del mundo, su convencimiento quizás de que no vivían en una isla solitaria.

Pero adquirirían extraordinario carácter al montar en sus caballos, al arrear los rebaños del llano a la cordillera y de la cordillera al llano y al lucir la buena rienda de sus cabalgaduras en las atajadas de la medialuna.

Sin embargo, ese pedazo de llanura, regado por el Perquilauquén, tendido al pie de las cordilleras, como muchos rincones del valle central, constituye la raíz y esencia de Chile y la actividad de su comercio a lo largo de muchas leguas.

Patrones e inquilinos eran en el fondo muy semejantes. Como que muchas veces resultaban parientes, hijos o hermanos.

No hay que olvidar el verso de Pezoa, al pintar a un gañán del valle central:

*Porque el muchacho es bravo
y rubio como el patrón.*

El inquilino no es sino un patrón desposeído, pero a ambos los une una sola aspiración: enriquecerse a todo trance y gastar su dinero en diversiones y juergas.

Las mujeres poseen, casi siempre, una sensibilidad superior (me refiero a las clases acomodadas) y por sus estudios en colegios de monjas o liceos influyen en la cultura de sus padres, hermanos y maridos.

En la escuela pública de Parral (no había otro colegio en la villa) conocí a mis compatriotas del valle central, pobres y ricos.

Eran primitivos y chabacanos, pero sin

maldad. Me divertían con su pintoresco dialecto:

—¡Oiga, don! ¡Mire, don!

Y aún más, con sus ponchos, tejidos en primitivos telares, de colores oscuros, grises o castaños, sobre chaquetas mal cosidas y sus cabellos tiesos, donde se encajaban a la fuerza los sombreros de las más absurdas formas y características. Y así era el hombre del campo, no penetrado aún por la civilización moderna. El patrón evolucionó hacia la política, la conservadora o la radical, pero el inquilino, su imagen desdibujada, no hizo sino seguirlo en las elecciones como le obedecía en las faenas de campo.

Este patrón o inquilino del interior era la antítesis del costino o del cerruco del Maule, quizá, porque el rudo trabajo de la pesca o de los cultivos en tierras pobres, empequeñecían su ánimo y mataban su ambición.

En Parral no era común el enganche; en el Maule se hizo una costumbre, una solución de las sequías.

No tomando en cuenta el pintoresquismo de su vida ordinaria, esos patrones y esos inquilinos no podían ser el tema de una interpretación psicológica, sin falsificar la realidad; sin embargo, existían, formaban parte de un medio, aún no conquistado sino mínimamente por el hombre de Chile y el paisaje tenía, como es lógico, una significación preponderante.

Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero, su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento.

Fué, en la primera época, una embriaguez sensorial y más adelante, un razonar de todos los momentos, despojando de cortezas adventicias, la idea primigenia, germinadora.

Al volver a casa de mi abuelo francés, después de la muerte de mi padre, esta conquista del medio, no de su espíritu, que sólo entonces comenzaba a advertir, se acentuó en forma dramática. Desde luego, sentíame un extraño en casa de mi abuelo y el abuelo pareció advertirlo. Aspero y autoritario, se cercioró en forma indirecta de lo que ya adivinaba o había descubierto.

Era un verano de la ribera maulina. En ese verano estaba conmigo mi primo Luis Court Libano. Yo terminaba mis humanidades. Lucho era guardiamarina, recién egresado de la Escuela Naval.

Mi abuelo, es lógico, tenía por mi primo mayores consideraciones. El uniforme de marino, con los relámpagos de oro de los botones sobre fondo oscuro, tiene en los puertos una importancia innegable.

Un mediodía (clara luz, gratas brisas del mar) mi abuelo había dejado su caballo de paso en la calle, las riendas en un farol, nos llamó a mi primo y a mí.

Un gobernador, recién llegado (medio pelo de la política como nos dijo una vez Miguel Luis Rocuant, que había sido también gobernador en una campaña electoral) de apellido Alamos, un vejete regañón (le dolián todos los huesos) dijo en el Club Social que los astilleros de Maule estaban anticuados en la construcción de barcos. Sus procedimientos, decía, databan de la colonia. Se refería, especialmente, a la técnica de curvar las maderas, codastes, rodas o cuadernas, mediante el vapor de agua.

Nos asombró que mi abuelo nos hablase en francés, un francés suelto del sur, sin nasalidad:

—Si vous voulez aller faire votre service militaire a France a *Forges et Chantiers de la Méditerranée*, a Toulon (moi, bien compris, vous page vos dépens) et au retour je vous associerai aux Chantiers, ici, a Maule.

Nos miramos un instante mi primo y yo y en su actitud advertí la misma decisión de que se había cuajado en mí. Sin hablar, sabíamos que en adelante éramos de Chile, de una tierra de porvenir. Y sabíamos, sobre todo, que el paisaje nos había conquistado más que el hombre.

Mis humanidades las cursé en el Liceo de Talca.

Me tocó llegar al Internado de ese Liceo, al implantarse el sistema concéntrico en la vieja educación secundaria.

Había ya algunos profesores del Instituto Pedagógico, pero aún subsistían los abogados y médicos que completaban sus rentas, dictando clases en cualquier forma.

Sobre los jóvenes maestros tenían, en un principio, su prestigio de profesionales, la protección de la iglesia y la de los terratenientes de la región.

Sin que penetráramos la novedad del sistema nos dimos cuenta que el ver las cosas frente a frente, el conocerlas por nosotros mismos era más provechoso que tragárnoslas, sin masticación alguna, de memoria, como se zampa un pavo hambriento las nueces, con su cáscara y todo.

Intuitivamente, sabía que sólo de este modo podía resolver el enigma de un mundo virgen que se nos ofrecía sin más compensaciones que llegar a él.

Fidel Pinochet Lebrun fué mi profesor de Castellano.

Discípulo de Nercasseau y Morán era un virtuoso del buen estilo. No el ampuoso, sino el claro, el preciso en su trama sintáctica. Influyó, quizás, su origen francés en estas predilecciones y sus predilecciones fueron, también, las nuestras.

Leíamos a Cervantes y a los novelistas picarescos y más tarde, a Pereda y a Galdós. Y conocimos, así, muy bien, a los pescadores de Santander y a los burgueses madrileños, pero yo me preguntaba a toda hora, ¿y Chile? ¿No existía Chile? ¿No eran dignos de ser héroes novelescos los pescadores del Maule y de otras regiones? ¿Y nuestros paisajes con la novedad de sus selvas, de sus ríos indómitos y de sus misteriosos ventisqueros?

Yo intuía el falso camino. Mi temperamento luchaba por buscar los medios de expresión que narrasen el dramático conflicto. Era grave, sobre todo para un novelista. Para un poeta no, porque el mundo del poeta está dentro de sí mismo. El novelista, en cambio, debe luchar con influencias de todo género y limpiar sus pupilas espirituales para ver al hombre y al medio, al medio y al hombre de ese instante.

La llegada de don Enrique Molina y de su amigo Alejandro Venegas, nos aclaró aún más, lo que considerábamos el enigma de nuestra chilenidad.

En don Enrique había un fervor de tipo filosófico, a ratos estéticos, de raíz europea. Favorable, desde luego, para nuestra cultura general, pero de Chile escasas fuentes, mínimas observaciones, detalles accidentales. En cambio, Venegas, con su rígida disciplina de mestizo, nos presentaba a un Chile corrompido y decadente, antes de llegar a un desarrollo definitivo. A ratos, Venegas nos recordaba a Benito

Juárez, con el cual tenía hasta cierto parecido físico.

No debemos olvidar que Zola (hablo del punto de vista del escritor) había vulgarizado el método experimental, el documento humano aplicado al arte y al ensayo, como base de una creación. Y su gesto profético nos hacía pensar, en Talca, a fines de 1905, que un humilde por Diosero o un huaso que llegaba en un caballo al Mercado o a la Feria, eran personajes de una epopeya inédita.

La definición de Zola de una obra de arte la sabíamos de memoria. *Novela, poema, cuadro o escultura no es sino un rincón de la naturaleza, visto a través de un temperamento.*

La naturaleza había que observarla para conocerla o buscarla dentro de la reserva de nuestras sensaciones, vivirla finalmente.

Quedaba, además, la creación de la técnica para darla a conocer. Teníamos, sin duda, la experiencia europea, la de España y la de Francia, pero había que pintar un paisaje, sin antecedentes literarios y unos tipos de urbe y de campo, muy distintos a los de Blest Gana y de Orrego Luco, aunque fuesen los mismos.

Advertimos, entonces, nuestra absoluta ignorancia sobre Chile. Salvo algunas fechas históricas y lo de *Chile, fértil provincia, señalada*, frase optimista de Ercilla que nos ha traído más daño que provecho. De los cronistas, apenas si sabemos los nombres. Se aprovecharon de ellos los etnólogos, aunque perteneciesen más a la literatura que a la historia.

Yo confieso que sólo hace pocos años leí realmente a Ovalle y de los demás tenía escasas noticias.

Ovalle pudo ser un precursor literario (tenía el genio), pero no lo conocieron los creadores, sino los eruditos que se metieron en su obra como segadores en un campo de trigo. Cortaron las espigas, las ataron en haces y las trillaron, no dejando al final, sino los decapitados tallos secos del rastrojo.

Hasta hoy, salvo el caso de Solar Coirea que lo ha vulgarizado con cierta sensibilidad estética, ni en los Liceos ni en la Universidad se ha estudiado la prosa clara, agua de vertiente cordillerana, de este paisajista que, a veces, narraba anécdotas o estudiaba con hondura psicológi-

ca las características del chileno del siglo XVII.

Más adelante se habló de la novela de Blest Gana y de su influencia en nuestro arte narrativo. Y se comentó a Balzac, de donde provenía nuestro novelista.

Es muy semejante el caso de Balzac y de Blest Gana al nuestro.

Entender a Balzac, a principios del siglo XIX, en Santiago, en Buenos Aires o México, significaba ingénita clarividencia artística.

El propio Lastarria no lo entendió, en mi concepto, al aconsejar a Blest Gana que se dedicase al género histórico, porque la vida de Santiago y de Chile no tenía ningún interés literario. Y justamente, la primitividad de esa vida era la que podía que podía dar una fisonomía original a la novela de un país en formación.

Blest Gana, a pesar de su respeto por Lastarria, intuyó la novedad de los héroes anónimos, aunque en "Durante la Reconquista" siguió en parte el consejo de su amigo, pero el aspecto histórico de la novela no es la esencia de ella, no constituye su originalidad. Lo que interesa es la visión auténtica de la época y de los personajes, que, justamente, no son históricos.

El procedimiento era evidentemente balzaciano. Al llamar Balzac a una de sus novelas de la vida de París "Historia del esplendor y decadencia de César Biroteau" puso en solfa, no al humilde perfumista, alcalde adjunto de un distrito de París, caballero de la Legión de Honor, sino a los grandes héroes de la historia universal, porque este César comerciante tiene al final, tanto derecho a ser un héroe como el Julio César del Imperio Romano.

Y, además, un estilo sencillo, antítesis del estilo de los grandes escritores clásicos. Zola no fué sino un Balzac de las muchedumbres. Balzac se inclinó a la creación de caracteres. La anteposición del héroe al antihéroe, del personaje célebre al anónimo, significaba fundamentalmente ahondar en la psicología individual, sin hacer mención casi del paisaje o del medio en que el personaje vivía. La gloria de Zola es haberse dado cuenta de las características del medio, inédito en literatura. Nosotros derivamos de éste, más que del otro, aunque haya en Santiago un grupo de novelistas, como Orrego Luco y Edwards

Bello, que provengan, con influencia de costumbristas chilenos, de Balzac, en la forma que lo entendió Blest Gana, lector de Larra y de Jotabeche. Posteriormente, al dejar la ciudad y buscar el campo como escenario novelesco, Maupassant y Daudet, el de Provenza y los rusos Gorki y Chekov, fueron los modelos.

En mi caso personal, observo, ordenando mis recuerdos y por razones de raza y de familia, que mi visión de Chile seguía siendo la de un extranjero, avecindado en Chile.

No obstante, hombres y paisajes ya no tenían secretos para mí. Con las observaciones que fermentaban en mi memoria, un cuento o una novela, podían cobrar vida en cualquier instante. Todo dependía de la decisión de escribirlo. Y una pregunta, grave pregunta para un escritor, se me aparecía, como un problema difícil de resolver.

¿Cómo debía contarse un asunto chileno del campo o de la ciudad? ¿Era necesario crear una manera de raíz castellana, la literaria y contarla con matices del castellano criollo de América?

Ya los costumbristas y los escritores del naturalismo nos habían enseñado a observar y hasta a emplear ciertos resortes técnicos, pero ahora nos apasionaban los post-naturalistas que, sin desconocer el método de ver con ojos nuevos un viejo paisaje, se preocupan del estilo, de hallazgos de imágenes originales con nuevas expresiones.

Es la infiltración de Darío en el verso y en la prosa. Y con Darío, los prosistas del 98, un Valle Inclán, especialmente. Y en Chile, los que estuvieron más cerca de ellos. Sobre todo, d'Halmar. Moderno, en figura y expresión. Moderno, en gestos e ideales.

Yo recuerdo en este instante la lección de M. Gausselein, de esa luz que brilla por su ausencia.

Más adelante, a medida que captaba el paisaje, buscaba su expresión y no tenía otro modelo que Blest Gana, su don de recordar la niñez santiaguina y Pérez Rosales que nos contaba, en su estilo de huaso seguro de sí mismo, sus experiencias de colonizador en el Sur.

Sin embargo, nos reíamos del título que nos parecía de una cándida comicidad. No he olvidado una conversación con un camarada de Universidad, al comentar el

libro de Pérez Rosales que acabábamos de leer.

—Oye, me dijo, ¿hay también recuerdos del presente y del porvenir?

Me reí, al oír la observación de mi compañero.

—Tienes razón, es un ripio para un discípulo de Moratín. ¿No?

—Sí, pero debemos confesar que el ripio está sólo en el título. El libro es substancia de Chile, de su raza y de su paisaje.

Y aquí nos corresponde analizar ciertos aspectos de nuestra literatura que la crítica no ha penetrado a fondo y que, al contrario, ha desorientado a la opinión, con vagas generalizaciones.

Me refiero a lo que se conoce hasta el momento como *criollismo* y a lo que, en este último tiempo, se ha llamado *imaginismo*, como lógica reacción. Clasificación aparentemente ingeniosa, pero no real. En la evolución de una literatura el tema es lo que menos importa.

Como decía Huysmans, en literatura no es el tema, sino la manera de tratarlo lo que interesa.

Describir un paisaje o interpretar un estado de alma es, en el fondo, lo mismo si el escritor lo ha visto con sensibilidad artística.

Pero el tema tiene otros aspectos, sobre todo por haberse producido con modalidades muy semejantes, en casi todos los países de América y, con algunas divergencias, en el propio Estados Unidos.

El nombre, sobre todo, atrae nuestra atención.

¿De dónde vino lo criollo, la criollidad, el criollismo?

El verbo castellano *criar* (término germinativo) ha dado su origen, seguramente, a los criados en América, hijos de españoles o mestizos y mulatos, durante la colonización. Y a todas luces, término despectivo que se utilizó para diferenciar a los españoles peninsulares de los nacidos y criados en América.

El término nació, como un germen europeo, en la virgen naturaleza de América. En las Antillas y alrededores. Y los franceses, lo tomaron, seguramente, de sus vecinos de Castilla.

De *créer, créole*, pero en Francia, como en Estados Unidos, no determinó ninguna calidad estética. A lo sumo, ciertos matices exóticos, cierto pintoresquismo de país re-

cién descubierta. Predominó el motivo sobre su realización. Lo autóctono podía ser clásico, romántico, realista o sobrerrealista y a nadie se le había *ocurrido llamarlo criollismo* y anteponerlo a la literatura de imaginación como el alma al cuerpo, como el espíritu a la materia.

Yo estoy convencido de que en América el uso de este término implica pereza mental, cierta cómoda posición de aristocracia del espíritu frente a un sanchismo estético, algo de artículo elegante de revista recién fundada o de disquisición de tertulias de sudamericanos que han vivido en Europa y acaban de regresar, nostalgias del bulevar o de las sabias *poules* que esponjan sus plumas en todas las calles de París.

Yo recuerdo que un crítico, he olvidado su nombre, aseguró una vez en Chile que criollismo era sinónimo de paisaje.

¿De dónde pudo sacar ese crítico una idea tan peregrina? ¿Confundió, tal vez, criollismo con naturalismo?

Porque criollismo no es sino la pintura del hombre de América y de sus costumbres, clases bajas, medias o altas, de ciudades y campos y el paisaje fué, precisamente, lo único que no vieron con sinceridad. Tenían el modelo español, más clásico que romántico y el paisaje no era sino una acotación convencional de teatro. Y si algunos merecen el calificativo de criollistas son los escritores de costumbres que no pintan paisajes, sino que componen cuadros de género, con diálogos populares y un telón de fondo, un árbol *ad hoc* y un atardecer de final de acto.

Pero los costumbristas de América, derivados de los españoles, dieron un paso seguro en la interpretación del mundo y del hombre al emplear el lenguaje popular, preparando el terreno al relato naturalista. Y así, el cuadro sin intención, se hizo narración intencionada.

Es necesario anotar un fenómeno interesante de técnica. No creo haberlo leído en ninguna historia de la literatura de Hispano América.

Por la variedad y abundancia de los temas, por la multiplicidad de los paisajes y de los hombres, la técnica debía ser lógicamente imperfecta. Era un traje de buena tela cortado por un mal sastre.

Los críticos, en general, se dieron cuenta de la deficiencia de esta técnica sin agregar mayores detalles.

La novela europea contemporánea no podía tener un problema de este tipo. Siglos de novelas mal hechas les habían enseñado a escribir buenas novelas. Y dueños de todos los resortes del arte de narrar intentaron nuevos procedimientos como los de Joyce y de Proust.

Y, además, existe un problema filológico, que no se puede pasar por alto. Me refiero al uso de vocablos, ya sean deformaciones de palabras españolas o en el caso de Chile de *mapuchismos*, que son de uso corriente en el lenguaje hablado y en el periodístico.

Bastaría hojear el espléndido Diccionario de Lenz, de voces chilenas derivadas de lenguas indígenas, para darse cuenta de la importancia del problema lexicográfico del castellano de América.

Pienso, como Lenz, que no podemos plantar los vocablos americanos por términos peninsulares correspondientes. Es nuestra creación filológica y el substituirlos, sería como colocar un casco de acero en la cabeza de un indio o un trarilonco en la frente de un conquistador.

No considero, pongo por caso, un barbarismo el empleo tierra adentro del marítimo *fletar* por *alquilar*, ni el de *atrinclar*, también término de la navegación a vela, por pedir explicaciones con cierto apremio o el de obligar a una muchacha, a la que se enamora, que se decida por fin.

En cuanto a los mapuchismos castellinizados, en la mayoría de los casos, adquieren una extraordinaria musicalidad, sin perder su agreste regusto indígena.

Quiero citar únicamente la palabra *Arauco*, posible creación de Ercilla o de alguno de sus capitanes.

Rau y *co* son las raíces indígenas, de donde procede. Greda y agua, agua turbia que arrastra la tierra de esos cerros en su corriente.

Vulgar origen del admirable *Arauco* de "La Araucana", en que la chirriante *erre* mapuche, al anteponerle el sufijo *a*, obra sobre el áspero sonido como el pedal sobre el piano.

Y ahora conviene agregar algunas palabras sobre el lenguaje que deben emplear los héroes de las novelas chilenas, que es materia que se ha discutido mucho. Creo, como Somerset Maugham, que no puede ser otro que el que usan habitualmente.

Hemos visto ya la ninguna influencia de los cronistas de la conquista y de la colonia

sobre los novelistas y los poetas, sobre los creadores, en una palabra.

Es clara la lección de los costumbristas, pero el naturalismo dinamizó esos cuadros, los hizo abandonar sus marcos y cobrar vida independiente.

Pero quedaba otro problema, vivo, esencial, la dignificación de la lucha del hombre con el medio: *el héroe*.

Gaucha en Argentina y Uruguay, huaso en Chile, este héroe de la paz debía substituir al héroe histórico, al soldado de la emancipación.

En Chile, salvo algunos bandidos como Neira, que fluctuaron entre la patria y la aventura, no era posible, por cierto retardo de la economía del país.

En Estados Unidos la epopeya privada, si pudiéramos llamarla así, se inició con la conquista del Oeste, con el embrujo del oro de California.

Y en esto reside, para mí, la relación entre la América del Norte y la del Sur.

Bret Harte y Mark Twain son los poetas de esta epopeya confusa y brutal. Sobre todo Bret Harte, con sus bocetos californianos, dió carácter heroico a los bandidos y buscadores de oro.

El mismo Sarmiento recomienda a los escritores de su patria, tomar como modelo al novelista del Far West y no despreciar el lenguaje de los mineros y bandidos, medio indio, medio inglés y medio castellano.

Blest Gana entendió en parte el problema, pero se limitó, sobre todo, a la ciudad, que era el ambiente que él conocía. Sin embargo, hay tipos de huasos y de rotos, ya claramente diferenciados en todas las novelas de Blest Gana.

El huaso no le mereció sino observaciones despectivas. Para el señorito que era Blest Gana como para sus sucesores (Orrego Luco, por ejemplo), el huaso no era sino un personaje no evolucionado, divertidísimo por sus costumbres, vestimenta y modos de expresarse.

Era el concepto de la clase alta, afrancesada o anglosajonizada en este último tiempo, sobre el huaso. El roto, es curioso, les merece un respeto mayor. Por lo menos, lo hallan gracioso, dicharachero y les divierte como los gitanos a los señoritos andaluces.

Es muy interesante recordar la evolución del gaucha en Argentina, que no tiene su antihéroe, su Sancho como el huaso.

Una *gauchada* en Argentina, en la pampa como en Buenos Aires o Córdoba, tiene la significación de un rasgo generoso, de un sacrificio personal para favorecer a un amigo.

En Chile una *huasería* es casi siempre algo de mal gusto, que implica ordinarioz y una *huasamacada* sólo una tontería.

Por eso, Martín Fierro para los argentinos es casi como el Cid para Castilla. Y en Chile, el héroe huaso es Lucas Gómez, personaje de sainete que no se da cuenta de lo que es la luz eléctrica y no quiere sacarse las espuelas al entrar a una casa.

Martín Fierro, más adelante, es un Segundo Sombra, aun para los nietos de Juan Moreira.

En Argentina fueron estos héroes populares, material de epopeya; en Chile, asuntos de circo y de sainete, salvo el huaso Rodríguez de Pérez Rosales.

En mi concepto, la crítica se guió, más que por la observación directa, por el aprovechamiento en cabarés y teatros de barrio, del huaso, desde un punto de vista cómico.

En Estados Unidos, como en el Uruguay y en la Argentina, nadie ha descalificado a los novelistas que describieron la vida de los negros, de los granjeros o de los cow boys del Oeste y desde Mencken a Lewisohn o Kazin, a ningún crítico se le ha ocurrido decir que se abusa del *slang* de los vaqueros y que el porvenir de la literatura de América está en imitar las técnicas de Europa, por muy originales que sean. El apartarse de estos temas que empiezan en la conquista, se hacen vivos en la colonia y maduran en la emancipación, son la materia real de la novela de América y el empleo de técnicas nuevas para describir héroes simples, puede llevar a conflictos que ya anotaba Emerson en su diario.

"Tengo, a veces, la impresión de que la vida se retira de la literatura y que se acepta, en lugar de ella, este invasor *papel moneda* de las palabras, de las nuevas técnicas, de la retórica, y aconseja el *yacksonismo*, piedra bruta surgida espontáneamente de la tierra, como el único remedio".

Y dejo estas observaciones generalizadas para volver a mi autobiografía, a mi confesión.

Estoy en los umbrales del bachillerato. Todo lo que sé, salvo mis lecturas, lo sé de

memoria, sin que enseñanza y profesores signifiquen algo para mí.

Del examen, rendido en Santiago en la Universidad, ante una comisión en que figuraba Lenz, el único que recuerdo, (me examinó en alemán) no tengo mayores datos.

Me matriculé, por mi cuenta, en el Instituto Pedagógico, porque mi padre quería que siguiese la carrera de leyes. Rendí los exámenes de Derecho Civil, de Filosofía del Derecho y de Economía Política durante ese año, sin que esas materias me interesasen en absoluto.

A los maestros, los he olvidado. Sólo conservo el recuerdo de su incapacidad pedagógica y de su absoluta incompreensión del momento histórico de Chile.

A la muerte de mi padre y sin mayores preocupaciones del porvenir, hice simplemente lo que mi instinto me sugirió. Al curso de leyes no volví. Asistí, en cambio, con cierta regularidad a Latín, Lingüística y Literatura Española en el Instituto Pedagógico.

Eran eminentes los profesores que enseñaban esos ramos, pero yo no saqué provecho sino de Lenz para mi conocimiento de Chile. Tenía, sí, ingénitamente, el deseo de conocer a fondo el mecanismo del idioma y el de su historia literaria, que no se resolvía con las mecánicas lecciones de Hanssen ni con las manidas observaciones de Nercasseau y Morán sobre literatura del Siglo de Oro.

Sólo Lenz me sorprendió con su milagroso instinto de filólogo y su penetración de Chile.

Daba Lenz la impresión de conocer a fondo al país, sus características étnicas (las miraba con cierto desprecio) y su lenguaje, el de los huasos de los campos y el de los rotos de las ciudades y minas.

Si, de improviso, oía una palabra o un giro nuevo, su cara de gato doméstico se iluminaba y su boca se torcía en un rictus placentero y burlón. Si alguien, alguno de los muchachos que asistíamos a sus clases, contestaba alguna pregunta, formulada con cierta intención zahorí, se levantaba bruscamente, arrastrando silla y mesa con su pierna coja y esparciendo papeles que, nosotros, solícitos, le reintegrábamos a su escritorio.

Recuerdo una pregunta, hecha a un mu-

chacho que se iba de profesor, antes de recibirse, a un Liceo del sur.

—Dígame, joven, ¿cómo se aprende un idioma?

El joven sonríe, desconcertado. No halla qué contestar.

Uno de los alumnos, un hombrecito enteco, con voz de pito y cara de indio enfermo, responde tímidamente:

—Yo creo, señor, que hablándolo y escribiéndolo.

El sabio atropelló una vez más silla y escritorio para felicitar al mesticito americano que había entendido una pregunta europea.

En otra ocasión, interrogaba a sus alumnos sobre el "Caleuche", el barco fantasma de los canales de Chiloé. No había chilotes entre los alumnos de entonces. Nadie le aportó nada de provecho.

Recuerdo que era una tarde de invierno. Llovía y berlinas y coches de posta pasaban por la calle San Miguel, arrojando pellas de barro sucio a los vidrios de la sala. El sabio se sentía defraudado. Nos miró primero, con cierto aire malicioso y nos dijo, finalmente:

—Este país es admirable, pero tiene dos grandes defectos.

Nos apresuramos a preguntarle cuáles eran esos defectos. Conocíamos su técnica.

—Que hay mucho barro y muchos chilenos, respondió, cogiendo su carpeta y desapareciendo por una puerta que daba a la Sala de Profesores.

Penetró Lenz el genio del castellano como si hubiera sido su lengua y la manejó con virtuosidad de artista.

Descubrió o redescubrió ocultos veneros del dialecto chileno con sus refranes y modismos y creo que nadie en América llegó a un conocimiento más hondo de la expresión autóctona que, a fin de cuentas, lleva en sus raíces y sonidos fragmentos del alma de un pueblo.

Insisto que, al asistir al Pedagógico, no me llevaba ningún interés profesional. Reparé, sí, al lado de Lenz, en cierta cualidad psicológica que me inclinaba a ver en los mestizos y en su paisaje cierta novedad que era la misma adivinada por Lenz, desde el punto de vista filológico.

Hasta ese año 1906, el año del terremoto, mi vida material no me había preocupado, porque mi padre subvenía con largueza a mis gastos de estudiante.

Asistía a insípidos cursos de la Escuela de Leyes y con agrado a las clases de lingüística del Dr. Lenz.

Intenté, entonces, el periodismo sin mayor éxito. Confieso que los periodistas no me agradaban. Tenían una extraordinaria fe en todo lo que escribían, aunque fuese una humilde gaceta. Me producían la impresión de que sin sus artículos el país se vendría abajo. Hoy no lo creo así. En la mayoría de los casos, son asalariados de los gobiernos o de los partidos políticos que los subvencionan o los premian con puestos diplomáticos.

Escribí artículos en "El Diario Ilustrado", que dirigía Misael Correa. Mirarlo con su perilla de capitán español, me divertía más que leer su prosa, de retorcida sintaxis.

En "El Mercurio" conocí a Carlos Silva Vildósola. Es, quizá, el único periodista de genio que ha producido Chile.

Lo que observaba y escribía lo hacía sin afán de literatura. En este sentido era una antítesis de Joaquín Díaz Garcés, periodista con pretensiones de escritor.

Don Carlos, con su larga *facies* de payaso, no de un payaso mestizo sino de un clown, de una charla suave, como deslizada por su gran boca de labios pálidos, contaba anécdotas de sus viajes por Chile y por Europa y de las personas que en esos viajes conoció. Sintió muy bien en esos momentos a Chile y se interesó por los que lo entendían.

Alguien, no recuerdo quién y no importa, la anécdota se la oí a don Carlos mismo, le preguntó una vez:

—Dígame, don Carlos, ¿de qué Silva es Ud.?

—No soy de los de Santiago desde luego, ni de los de Talca. ¡Dios me libre! Yo soy de unos Silvas que se alzaron por las cordilleras de Chillán, Díguillín adentro.

Si descontamos a don Carlos, el ambiente de los diarios de Santiago no era agradable en absoluto. Creación mínima, astucias de zorro disfrazado de tigre, crítica de lo bueno y de lo malo. En el fondo, absoluta mediocridad. Buscaban en las cantinas, ante el trago de tinto de mala calidad, la frase ingeniosa que les borraba sus claudicaciones de todos los momentos. No eran de izquierda ni de derecha. No buscaban sino su acomodo.

Don Carlos prologó la primera edición de mi novela "Zurzulita". Y a propósito de esto, recuerdo una anécdota que me contó el propio don Carlos.

Alone, con quien se encontró don Carlos en el segundo piso de "El Mercurio", le dijo, apenas lo vió:

—A mí no me gusta "Zurzulita".

Y don Carlos, sonriendo, le respondió:

—A mí, sí.

Y fracasado como periodista, ni el ambiente ni los hombres me gustaron mucho, me hice profesor por obra y gracia de Samuel A. Lillo, cuyos ojos tibios de cacique, me ungieron maestro mediante una carta, por la cual comencé a hacer clases de Castellano en un pequeño Liceo particular del barrio Recoleta: "El Santa Catalina".

Enseñé Gramática (el análisis lógico era la piedra de tope de los exámenes, rendidos ante comisiones universitarias) y Literatura, de cuarto a sexto año de humanidades.

Mis alumnas fueron muchachas. Muchachas de clase media, de pura raza española, bellas, atentas y leales. No tengo de ellas sino agradables recuerdos, sobre todo de una, María Tagle, mujer de sensibilidad superior, de extraño temperamento, que murió prematuramente para la poesía.

Mi labor didáctica, improvisada en ese pequeño colegio de la calle Recoleta, me hizo conocer los programas de enseñanza y a las autoridades examinadoras de ese tiempo: Lillo, Ducoing, Bórquez Solar y Guzmán Maturana.

A pesar de la chilenidad de la poesía de Lillo y de Bórquez, y a pesar del texto de lectura de Guzmán Maturana, que tenía una bandera tricolor en la tapa, el conocimiento de Chile era histórico, la tradicional adoración chilena del pasado, no el conocimiento de Chile del presente. Y el problema pedagógico de Chile no era el de un país que se está transformando día a día, sino el de un país cuajado, como cualquiera de los pueblos de Europa. Y me da la impresión que, para las Escuelas y Liceos y para la Universidad misma, Chile no era sino una somera lección de Historia, basada en Barros Arana, Vicuña Mackenna o Sotomayor Valdés.

Y, sin embargo, en el sur, desaparecían selvas y se levantaban casas de nuevos pueblos, canalizábanse los ríos y los puertos adquirirían una importancia inesperada. Y

lógicamente, se moldeaban otros hombres, unos que nada tenían que ver con la enseñanza del Estado.

Y al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y, por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que, por vivir en él, no se habían enterado de que existía.

Mi buena estrella me deparó por esos años la amistad de Carlos R. Mondaca, trágicamente tocado ya por la tuberculosis. Reunía a sus amigos (a veces no podía abandonar su dormitorio) en una vieja casa de la Avenida Manuel Montt.

Mondaca, que era un gran poeta y al mismo tiempo un humanista, una alta inteligencia, me dijo un día, que salíamos del Liceo Valentín Letelier, donde yo lo reemplacé más tarde:

—La verdadera prosa castellana no hay que buscarla en los escritores académicos, ni siquiera en el Cervantes del Quijote. Hay que ir a Fray Luis. El "Libro de Job" y "Los nombres de Cristo". Ahí está el modelo, que aprovechó bien don Juan Valera sin el genio de Fray Luis. Y el secreto está en que no tenía ninguna intención de escribir bien.

Era un enamorado de los neologismos, si importaban una mejora para el estilo, aunque fuesen de origen americano.

Recuerdo una mañana de diciembre. Me llamaban de la Universidad de parte de Mondaca que era su Pro Rector. Iba hacia allá algo intrigado. Apenas me senté en un muelle sillón de la sala de espera, me dijo textualmente:

—Está Ud. nombrado examinador de bachillerato, pero especialmente lo quiero felicitar por ese *hojecer* que usted emplea en un artículo del Zig-Zag. En efecto, existe en castellano *floreecer* y aun *frutecer*, que no me gusta. Ese *hojecer* es espléndido.

Con la justeza de juicio que lo caracterizaba, se lo oí muchas veces, estaba en absoluto desacuerdo con las generalizaciones de los críticos literarios de esa época.

—Es la comodidad del juicio hecho, decía.

Mondaca sostenía, pongo por caso, el

carácter regional de los poetas del norte y del sur y del academicismo de la poesía santiaguina.

—Norte lírico, sur épico y centro de cámara, me explicaba sonriendo.

Y en seguida desarrollaba su teoría. En la literatura chilena del futuro, un verdadero poeta de Chile debe reunir, en sí, esos matices.

No encontraba, entonces, ningún poeta que tuviese esas características. Y lo mismo podía aplicarse a la novela y al cuento, al arte narrativo, en una palabra.

Es evidente que sólo un genio sería capaz de captar medio y personajes desconocidos, dándoles la vida adecuada del país en ese instante.

Difícil, en primer término, advertir las características de los personajes urbanos, casi siempre tipos muy parecidos, como lo observamos en la novela santiaguina desde *Blest Gana* a *Edwards Bello*.

Quedaban zonas inexploradas: el mar, por ejemplo, la vida del valle central, de las cordilleras y las de Chiloé y Magallanes.

Los novelistas que conociesen esas regiones y trataran de interpretarlas (mínima cultura escolar o liceana y lecturas copiosas de novelistas extranjeros que pintasen ambientes parecidos, London y Curwood, por ejemplo, si pensamos en el extremo sur) aunque no tuviesen una técnica depurada, realista o moderna, poseían, ante todo, la originalidad de haber descrito un paisaje virgen y unos nuevos hombres, no existentes en la literatura chilena.

Es lógico suponer, entonces, que al estudiar sistemáticamente estos atisbos literarios, buenos o malos, prometedores o despreciables, el método para juzgarlos e incorporarlos a la historia literaria tiene que ser diverso al que tradicionalmente se ha empleado en las viejas literaturas.

El crítico europeo, por natural predisposición estética, va ante todo a la perfección artística de la obra, a la excelencia de la observación y del estilo.

En mi concepto, los críticos americanos no deben hacer hincapié en la perfección de la obra, sino en el acopio de observaciones originales sobre zonas no tocadas anteriormente por los artistas. Me refiero al medio y al hombre.

La crítica norteamericana, a pesar de sus influencias inglesas y francesas, ha encara-

do el problema con cierta agudeza y plausible generosidad.

El ensayo de Lewinsohn (Expresión de América), el de Carl van Doren sobre la novela de Norte América y el más moderno de Alfredo Kazin, no se fijan en la simplicidad de los personajes campesinos o ciudadanos, pobres de solemnidad o poseedores de millones, ni sobre la mayor o menor abundancia del paisaje; pero sí ahondan en la verdad objetiva o psicológica del relato, en el aporte del novelista o cuentista a la interpretación del hombre de América, con sus defectos y con sus méritos.

Partir de la expresión autóctona, con prudentes generalizaciones, si tenemos material en que apoyarnos y anotar las influencias realistas o románticas y modernas comunes a todos los artistas del mundo, pero dando todo el interés al poeta, al narrador o al ensayista que busca su auténtica expresión en el medio en que vive y lucha, con el peso muerto de la tradición europea.

Y creo que aquí está la clave del método que debe utilizarse para escarmenar la maraña de la producción literaria de América, si se busca su autenticidad, en medio del enredo de las influencias exteriores.

Si no se insiste en el exhaustismo de las fuentes (el folklore es el archivo general) se harán bellas generalizaciones estéticas que escamotean, al final, el problema esencial de América.

En una palabra, si aplicamos a la investigación de una literatura que se está formando, el sistema de las generaciones, haremos bellas síntesis que alejarán cada vez más la verdad de nuestra vida americana.

Y quedará por completo inédito este extraordinario fenómeno de razas en fusión (indios, españoles, negros y chinos) si lo clasificamos superficialmente como una expresión costumbrista, con toques realistas o románticos, si no ahondamos en los factores múltiples, íntimos, raros, difíciles de captar, de viejas comunidades indígenas, de poblachos cordilleranos, de caletas de pescadores, de aldeas, de valles y de cerros.

Un procedimiento recomendable, en este sentido, especialmente en Chile, donde hay, por lo menos, la apariencia de una organización científica en el Instituto Pedagógico, sería convertir en un sistema la

idea de Lenz que, al comenzar cada año escolar, preguntaba a sus alumnos de qué región de Chile provenían.

Y metódicamente y en el momento oportuno, el alumno de Chiloé, de Temuco, de Melipilla o de Copiapó, contribuiría a resolver un problema nacional, americano, con sus aportes personales.

Recuerdo en este instante una idea de don Andrés Bello, en un comienzo útil y más tarde deplorable, por la dificultad de cambiar los métodos de interpretación histórica.

Al iniciar su rectorado, habló sobre lo que él entendía como interpretación histórica de América.

Sentíase superior al medio en que estaba (su cultura clásica y su estadía en Londres), pero con cierta curiosa actitud de maestro frente a sus alumnos, desprovistos de toda cultura.

Aconseja, por esto mismo, el agotamiento de las fuentes históricas, desde la carta privada al artículo periodístico o al decreto oficial, para la futura interpretación de nuestra historia o de la de cualquier país de América.

Don Andrés no previó lo que ya habían previsto Lastarria y Sarmiento, es decir, la falta de imaginación de los que iban a llamarse sus discípulos. Y hasta el día es tal la suma de documentos acumulados que si no aparece un mago que los clasifique, jamás tendremos un juicio exacto sobre el origen y evolución del país.

Sin embargo, debemos declarar que esta concepción planetaria del documento, ha producido en Chile un historiador y un bibliógrafo que lindan casi con la genialidad. Y es probable que Chile les quede chico: Barros Arana y José T. Medina.

Y en un sentido antitético, esta abundancia de fuentes nos ha dado un ensayista como Alberto Edwards y otro ensayista, Francisco A. Encina que, por la amplitud de la visión, se transformó en historiador.

Yo recomendaría a los Profesores de Literatura de todos los países de América (incluyo al Brasil y a los Estados Unidos) el método del clarividente venezolano.

La acumulación y la revisión de las fuentes históricas, coincide con la acumulación y revisión de las fuentes literarias.

Me viene a la memoria en este instante, como una insinuación de técnica, la frase

que le oí al escritor peruano Porras Barrenechea y que creo justa:

—Nosotros los peruanos hemos hecho historia y manuales con técnica de novela.

Y en esto reside, precisamente, todo el problema.

Las conversaciones, las escenas típicas, los artículos de costumbres, los reportajes, las cartas y todos los datos posibles sobre el clima; el color del verano o el del invierno o el ruido del viento y de los árboles o el silencio de la nieve y del agua de los lagos, todo eso, es material que no debe despreciarse. Al contrario es preciso buscarlo e interpretarlo a toda costa, como lo hacía Lenz.

La geografía de Chile ha sido calificada de loca por Benjamín Subercaseaux. Esta definición se me antoja más bien una frase de efecto que una verdad. Desde luego, porque no concibo geografías cuerdas o locas. Las geografías son como son. Y ya los geólogos se han encargado de explicarlas científicamente.

Por su formación telúrica, alta cordillera a lo largo de un valle y muy cerca del mar, tiene Chile una variedad de paisajes que van del trópico a los hielos del Polo Sur. Y lo curioso del caso, es que esta loca geografía no produce hombres locos, sino al contrario, muy equilibrados y equidistantes.

El gaucho, con una planicie ilimitada por escenario, tiene, en sí, mucho del Quijote, antepasado común, que el huaso no posee por la característica de sus aspiraciones económicas y sociales.

Muy bien observó esta modalidad el norteamericano Mc Bride en "Chile: su tierra y su gente", libro que debiera ser más leído por todos los chilenos y especialmente por los profesores.

Por razones que nada tienen que ver con la geografía, loca o cuerda, sino más bien por la organización de las encomiendas coloniales, en Chile, como en México, se moldeó una especie de pícaro, el *roto* y el *pelao*, hijo del inquilino descontento que riñó con el capataz del asiento minero o con el patrón del fundo y huyó hacia el campo o hacia la ciudad.

Y el arrabal o el camino crearon en él el instinto de la aventura, de la vida fácil, sin ningún escrúpulo moral. Lo mismo en el hombre, que en la mujer que se convirtió en su camarada, dócil o rebelde, según las circunstancias, a veces madre abnega-

dísima y otras, delincuente de la peor especie.

Si su afán de aventura no lo hace cambiar de sitio, si el medio le es propicio, suele hasta adaptarse a él por razones sentimentales o económicas. O bien sigue su camino, olvidando comodidades y amores para buscar nuevos amores y acomodos o simplemente resistir la mala suerte, si su estrella se ha eclipsado por el momento.

Y es tal su adaptabilidad, su instinto de conservación o de disimulo, que en el nuevo medio es otro hombre, argentino, peruano o boliviano, pero conservando en el fondo de su espíritu, como el vilano la semilla, el amor por su tierra nativa.

Conocí en Pucón, hace algunos años, a un balsero. Se llaman así a los que arman balsas de tablas, ya elaboradas, amarrándolas con alambres y las conducen, por las correntadas de los ríos del sur, mediante un remo, apenas desbastado. Su nombre era Pedro Jara, un hombrón alto, de nudosos músculos, de ademanes acompasados, de palabra sobria. Cubría su ojo izquierdo un parche rectangular, que cambiaba de color, según el tiempo. Si hacía calor y el puelche arrastraba la tierra deshecha de los caminos, el parche era gris; si llovía, el parche brillaba como un terciopelo nuevo o como las plumas de una tagua recién salida de la corriente.

Este era el origen de su apodo en Pucón, a la orilla del lago Villarrica. Yo logré intimar con él en la cocina del Hotel Acevedo, donde llegaba a la hora del almuerzo o de la comida. Nació en Curepto, zona de viñedos y de vegas, convertidas en huertas. Mi compadre Amador Acevedo, de Salamanca, que tenía pasión por la huerta que había en torno al edificio del Hotel, lo empleaba en la cava y en el cuidado de las cebollas y coles. Hablaba calmadamente, como comía o como bebía y en su actitud reconcentrada y en sus gestos equilibrados, había no sé qué de gran señor disimulado en su miseria trágica.

Yo lo miraba y venía a mi memoria el parche de la *tuerta* princesa de Eboli, hermana de don García Hurtado de Mendoza, cuya *tuertura* (el vocablo es mío) trastornó a un emperador y puso en peligro a un imperio.

Sin embargo, al mirar su cara tostada, de rasgos duros, donde el parche ponía una negra mancha, en contraste con el brillo

de su ojo sano, pensaba en un pirata de los relatos de mar del capitán Marryat o de Stevenson.

Me dijo que había emigrado de su rincón de la cordillera de la costa, durante un año de sequía. Fué cargador en Valparaíso. En una pelea de estibadores, junto a una grúa, perdió su ojo izquierdo. Cuatro meses de cárcel. Su contendor, "El Pidén", delincuente conocido fué declarado culpable.

—Le decían "El Pidén", me contaba, porque era negro y güeno pa l'agua, y a mí el "Cuervo" porque también era negro y bueno pa l'agua. Y yo era el cuervo, porque el cuervo es más grande que un pidén.

Se habría su ancha boca, de largos dientes que el tabaco amarilleó, en una mueca que era una sonrisa sin gracia.

Conservó el mote de "Cuervo", mientras vivió a orillas de la costa. Al emigrar al sur, en un enganche, se quedó en Cherroquenco, en la faena de aserraderos de la zona. Usaba un viejo y minúsculo sombrero, de color claro, con parches y roturas.

Cuando acarreaban troncos, clavados en el cielo, se veía el cono del volcán Llaima, y a los compañeros de Jara se les ocurrió que el mínimo sombrero del "Tuerto" se parecía al volcán. Y así se le llamó en la región, el "Llaima", hasta su llegada al lago.

Me impresionó, mientras fui su amigo, la conformidad de ese hombre primitivo con el medio en que vivía. Parecía interesarle profundamente su oficio de balseiro: escoger las tablas más apropiadas, amarrarlas en gavillones, según su expresión y luego conducir las por el lago y en el Toltén, llevarlas por el río hasta las cercanías de la línea férrea.

Nunca supe lo que pensaba, ni cuáles eran sus aspiraciones. Satisfacer sus necesidades más apremiantes, hembra y comida, le bastaba y la madre y el hijo y el hogar que todo esto suponía, nada le importaba. Se me ocurrió preguntarle una tarde, si había tenido hijos y si recordaba alguna casa lejana, donde hubiese vivido. Me respondió fumándose parsimoniosamente un cigarrillo que acababa de obsequiarle:

—¡Claro! Muchas mujeres y muchos hijos. Por ahí quedaron.

El tuerto Jara es, para mí, un acabado tipo de roto, no el del sainete ni el del ensayista zahorí, sino la semilla que va en la ráfaga y busca, donde sea, el terreno propi-

cio para fructificar. El país aún no puede ofrecerle la estabilidad que necesita para ser un miembro útil en la vida social.

El método que propongo para estudiar la literatura de Chile y de América es más lógico, un hombre de sensibilidad, doblado de un hombre de ciencia.

En mi concepto, el profesor de literatura americana, debe tener más el espíritu de un explorador que el de un pedagogo sistemático, el de un poeta que el de un expositor de materias, aunque sean aderezadas con un novedoso atavío estilístico.

Las historias que existen sobre nuestra literatura, no son sino cronologías documentadas, compulsaciones de fuentes, donde el país no aparece.

Es de alto interés "La Historia de la Literatura Colonial de Chile", de Medina. Para mí, como la caída del árbol-documento, y de su utilidad inmediata en cercados y edificaciones, pero de escasa o de elemental condición interpretativa.

Mínimo avance sobre Medina constituye el "Bosquejo histórico" de Amunátegui. Clasifica mejor, anota como el otro con precisión y a veces se advierte más sensibilidad artística en los juicios de novelistas y poetas.

Sólo por la milagrosa aparición de Omer Emeth (*Emilio Weisse*, que después de la guerra del 14 fué Vaïse) adquirió la crítica, propiamente tal, una fisonomía moderna, una vibración casi periodística, sin perder su calidad estética.

En el fondo, era la semilla de Sainte Beuve y las de sus continuadores: Brunetière, Lemaître, Faguet, etc., aplicada a la producción de un país hispanamericano. El documento estaba bien guardado en su estante, aunque se citase, si el caso lo requería. Lo fundamental consistía en leer el libro cuidadosamente (don Emilio me dijo una vez que él leyó una obra cuatro veces, antes de emitir un juicio) anotar lo y averiguar datos de la vida de su autor, de su raza y de su profesión.

En las tertulias de mediodía de "El Mercurio", en la calle misma, si me topaba con don Emilio o en su casa de la Avenida Francia, donde fui tantos domingos, don Emilio hablaba con los autores, con los amigos, con el que se presentase (era un espíritu acogedor y generoso) y esto terminó por transformar radicalmente el con-

cepto de una crítica, casi inquisitorial, de tipo español dieciochesco, que defendía don Pedro N. Cruz.

Tengo presente su ancho cráneo, algo braquicéfalo (él contaba que en el Seminario donde se ordenó de sacerdote le decían: *Boche, tête carrée*) y sus ojos, claros, de un azul húmedo, que destilaban bondad e inteligencia, cuando me dictaba los títulos de los libros chilenos y americanos, que debían aparecer en una sección de la "Revista de Bibliografía" que él fundó.

Antes de su muerte, y cuando aún aparecían sus crónicas literarias en "El Mercurio", ya en otros diarios de Santiago se publicaban artículos semanales, donde seguían sus métodos, pero sin su extraordinaria cultura humanística.

El más cercano a don Emilio fué, sin duda, Eleodoro Astorquiza.

Espíritu contradictorio, creyente y descreído al mismo tiempo, tenía una admiración sin límites por el habilísimo fraile redentorista que de una parroquia de indios en el desierto de Atacama, llegó a ser el árbitro de la literatura, de la historia y del ensayo en "El Mercurio", el diario más antiguo y conocido en Chile.

Tenía Astorquiza, por su segundo apellido, Libano, cierto parentesco político conmigo, lo que me permitió una mayor intimidad y a veces conversaciones en Talca, en Santiago o en San Antonio, donde vivió muchos años. Veo como si fuera hoy mismo, su departamento.

Antes de llegar a su modesto dormitorio, con un catre de hierro y un velador cojo, se pasaba por una pieza desmantelada. Caíanse ángulos de papel, desprendidos del barro del muro por la humedad del mar, pero en el medio de la estancia, sobre una larga mesa de madera sin barnizar, sostenida por caballetes, se desparramaba toda la cultura europea de entonces, especialmente la francesa, en colecciones de revistas de París: "Nouvelle Revue Française", "Revue de France", "Europe", "Revue de Genève", "Mercure de France", etc.

En 1907 publicó en Concepción su libro "Literatura Francesa", visión muy completa y personal de los escritores, poetas, novelistas y críticos franceses, desde Bourget a Doumic.

No obstante, con ser apreciable el esfuerzo de Astorquiza en este libro, no es el que

le da su importancia en la crítica de nuestra literatura.

Es su comprensión de la novela chilena y sobre todo su ensayo sobre Blest Gana, lo que revolucionó el criterio tradicional, influido por los españoles, y lo situó en un terreno más apropiado y más realista.

Yo le oí disertar muchas veces en San Antonio, sobre Barros Grez, a quien estudiaba entonces.

Pasaba horas enteras, me refería, leyendo los novelones, ensayos y comedias de Barros Grez. Lo admiraba, eran sus palabras, por ciertas cualidades secundarias: la fecundidad, por ejemplo, y por cierta intención enciclopédica que advertía en toda su producción. Conocía el castellano, Cervantes se lo había enseñado, él habla de los huasos no tenía para él secretos, poseía cierto don folletinesco de enredar la fábula, dibujaba un paisaje al carbón o planeaba un canal de regadío o la Galería San Carlos, pero toda esa fantástica erudición, que iba de la fábula a la paremiología, de la lucha política al teatro, no producía ni una novela, ni una poesía, ni una comedia, ni un edificio.

—Barros Grez, comentaba, es un genio fecundo del mal gusto.

No creo que llegase a redactar sus apuntes sobre Barros Grez. Las notas, sí se las vi, en su escritorio de San Antonio, pero Octavio Astorquiza, su hermano mayor, que estuvo con él en sus últimos momentos, me contó que nada había entre sus papeles sobre Barros Grez.

Astorquiza, católico y conservador, simboliza, frente a don Pedro N. Cruz, una actitud espiritual muy semejante a la de don Juan Valera, frente al tradicionalismo cerrado del padre Blanco García.

Después de Astorquiza, el que más se aproxima a esta tendencia de ahondar en el medio y en la raza, sin prejuicios espirituales y políticos, es Domingo Melfi, que puso en su análisis de libros chilenos, sobre todo en las novelas, un fervor lírico, herencia de viejas razas, enamoradas de un mundo nuevo.

Melfi nació en Viggione, pequeña villa de los Apeninos, más cerca de Nápoles que del Adriático. A pesar de su lirismo, efectivo sobre todo en su prosa, entendió muy bien el problema de nuestra joven literatura.

Su libro "Estudios de la Literatura Chi-

lena" debería usarse como un texto cotidiano en Liceos y Universidades, por la abundancia de observaciones agudas, casi irredargüibles, sobre la evolución de nuestra novela, de nuestra poesía y de nuestra historia política.

Alone, a quien su seudónimo le formó una falsa personalidad, pudo ser el legítimo sucesor de Omer Emeth, el camarada de Astorquiza y de Melfi, en ese crítico momento de nuestra evolución literaria.

Ya Omer Emeth, Astorquiza y Melfi discutían la esencia de América y las influencias europeas, en todos los libros que se publicaron en ese tiempo. Era, en realidad, la posición legítima, el justo límite interpretativo.

Alone se inclinó hacia un europeizamiento espiritual, algo despectivo, aristocratizante, volviendo las espaldas a la nueva literatura que nacía en un país sin literatura.

Es Alone (Hernán Díaz Arrieta) un fino escritor que cuenta con desgaire elegante las novedades del existencialismo, cosa que todos sabemos, o nos advierte con cierta solemnidad, que un joven escritor ha publicado un libro muy sutil, muy moderno, cosa que poco nos interesa.

Y debemos consignar que en este instante de la vida intelectual de Chile, sólo un crítico y un profesor, un profesor y un crítico, Ricardo A. Latcham, afortunada coincidencia, puede determinar el camino

de una comprensión de Chile y de América en el futuro.

Hemos llegado, así, al fin de esta autobiografía que melló, poco a poco, sus ásperas raíces helénicas para suavizarse en el latinísimo *confessio*, es decir, en la sincera historia de un hombre que fué, durante medio siglo, novelista y profesor y que declara ingenuamente, sin ruborizarse, que nunca supo cuándo actuó el profesor y cuándo el creador de ficciones.

Creo que el novelista que intentó la incorporación del paisaje, del verdadero paisaje, no el verbal y retórico, en nuestra novela, es el mismo que dijo a sus alumnos del Instituto Pedagógico que, antes que nada, había que conocer a Chile, el medio y el hombre que de él nació.

Y quiero agregar, finalmente, que mi interpretación del hombre de Chile y de su drama, no es sino la novela de una tierra que aprendí a querer, por experiencia propia, con apasionamientos y recelos, que es como se ama de veras.

Muchas veces, en el sur, mirando las colinas vestidas de azulada bruma, con algo de pechos de mujer dormida, decía como Joaquín Mir, el gran colorista levantino:

—¡Ay, si pudiera abrazar esa colina!

O al ver a una bella criolla, anchas espaldas, recias caderas, recordaba las palabras de Ruskin:

—Casi se me salen los ojos de la cara.

Abril de 1953.